

Zonas peligrosas

MIQUEL ROCA JUNYENT

LA VANGUARDIA, 27.04.10

Diríase que cuando el país atraviesa una situación económica muy difícil con un paro alarmante, un déficit público sin precedentes, un grave descenso de la actividad económica y otras magnitudes de igual relevancia negativa, los esfuerzos deberían conducir hacia una obsesiva voluntad de que todo lo demás funcionase razonablemente bien. Pues, no; no es así.

Parece como si se pretendiera distraer la atención hacia otros problemas, sin reparar en que, a estos efectos, la situación se erosiona en todos los niveles de la vida social. La crisis no se centra en el campo de lo económico exclusivamente; el país está sometido a una constante tensión, para dividir y confrontar a los ciudadanos. Sin reparar en las consecuencias se apela con toda claridad a las dos Españas; se politiza a la justicia como instrumento de servicio de intereses partidistas. No sólo se olvida lo que la transición representó, sino que se pretende condenarla. Los hay que prefieren volver a lo más clásico de la historia de España, antes que consolidar las vías que la transición abrió para la convivencia en democracia y libertad.

Se pretende volver a empezar sobre bases distintas. Sobre las de siempre, no las que dieron vida a la Constitución del 78. Todos la invocan, pero no quieren respetar ni su espíritu, ni sus valores, ni el pacto que la hizo posible. Para unos, con la Constitución del 78 se "cedió" demasiado, como si el país y la libertad fueran su exclusivo patrimonio. Para otros, fue un paréntesis para coger fuerzas y volver a

las andadas. Estamos entrando en zonas peligrosas. La democracia es mucho más que leyes y sentencias. No se trata de imponer, ni de trágalas, ni de constituirse en depositarios exclusivos de la razón de Estado. Se trata de pactar, dialogar, respetar; empezando por las instituciones que no pueden reclamar respeto si ellos no respetan el sentido de su función.

La crisis económica la compartimos con otros; la otra, esta es nuestra. Peligrosamente nuestra. Y cuando se bajan unos peldaños de la escalera del prestigio internacional, están más ocupados que los situados por encima. Y se comparte la nueva posición con quien no deseáramos compararnos. Hay que volver a subir; y, para esto, abandonar las zonas peligrosas.